

L'UOMO PIÙ CRUDELE DEL MONDO

EL HOMBRE MÁS CRUEL DEL MUNDO

DAVIDE SACCO

Traducción española

READING COPY

Solo para evaluación profesional

Una sala grande y vacía. Una mesa con dos sillones y una lámpara. 1 está sentado al escritorio. Suena el interfono.

1: ¿Sí? Ah, ¿ha llegado? Hágalo pasar. Bueno, no, me ocupo yo. Y usted por hoy ya ha terminado, váyase a casa. Nos vemos el lunes, gracias.

2 entra en la sala. 1 apaga la música.

1: Perdona, pero la música sigue siendo, pese a todo, una pasión malsana.

2: Buenas noches.

1: Buenas noches. ¿Ya ha pensado en un título para nuestra conversación?

2: La verdad es que no...

1: Si quiere, puedo darle algún consejo.

2: Pues claro, gracias.

1: ¿Ah, sí? ¿Me haría caso?

2: Sí.

1: Admirable. Así que usted es de los que confían en los demás y en sus consejos. Admirable... Y quizá haya venido aquí sin dar por sentado que ya lo sabe todo sobre su interlocutor. Eso sí que sería verdaderamente admirable por su parte. ¿Quiere tomar algo?

2: No, gracias, estoy bien. Es un despacho extraño para alguien como usted...

1: Ah, entonces sí tenía ciertas expectativas... ¿Y qué esperaba exactamente?
¿Revestimientos de madera noble, cuadros carísimos, adornos de todo tipo?

2: Sinceramente, sí...

1: Un hombre no necesita esas cosas... Yo estoy perfectamente bien donde estoy: cuatro paredes negras, un escritorio y tres libros. Nada más.

2: ¿Tres libros, dice?

1: ¿Usted cree que hace falta leer más?

2: Bueno, en fin...

1: Yo no... Tres libros, si se eligen de acuerdo con la propia historia personal, dan la dosis justa de conocimiento para vivir la vida sin tomársela demasiado en serio, pero tampoco demasiado a la ligera. Tres libros son el peso justo que hay que poner en la balanza de la conciencia.

2: ¿Y en el otro platillo de la balanza de la conciencia qué ponemos?

(1 no responde.)

¿Todo bien?

1: ¿Cómo dice?

2: Digo que qué pone en el otro platillo de la balanza de la conciencia.

1: Lo que usted y yo vamos a decirnos esta noche. Venga, tome asiento. ¿Lleva mucho tiempo escribiendo en su periódico?

2: No. De hecho, me sorprendió mucho este encuentro, y también que haya elegido un periódico pequeño como el nuestro para hacer un perfil retrospectivo sobre usted.

1: No soy un hombre tan importante, créame. No soy ese gran hombre que dicen que soy y, desde luego, no soy alguien que despierte el interés de los lectores. En cualquier caso, espero que no le moleste estar aquí.

2: No, claro que no...

(1 sirve una copa.)

¡No, gracias, estoy bien!

1: Vamos, hágame compañía...

2: Es que me había prometido no beber esta noche.

1: Ah, entonces usted es de los que lo planifican todo en la vida...

2: No, es solo que me conozco, y además...

1: ¡Ah! Se conoce. Qué maravilla conocerse a uno mismo... Dígame entonces, usted que se conoce tan bien, ¿es feliz?

2: ¿Cómo?

1: Le he preguntado si es feliz.

2: ¿Feliz?

1: Sí.

2: Es una pregunta bastante difícil de responder... sobre todo a un desconocido...

1: Es verdad. Pero respóndame de todos modos, sin pensarlo demasiado. También ayudará a superar esa distancia que existe entre entrevistado y entrevistador. Entonces, con total sinceridad, ¿es feliz con su vida?

2: No, pero supongo que como todo el mundo...

1: ¿Lo ve? Planificar su vida lo ha llevado exactamente al mismo lugar que a un hombre que jamás ha planificado la suya, con el agravante irónico de que usted es igual de infeliz con su vida que su opuesto, que sería yo, aquí.

2: Es un bonito juego de palabras, pero perdóneme, debería ser yo quien hiciera las preguntas.

1: Tiene razón, tiene razón. ¡Empecemos! ¿Ha traído una grabadora? Enciéndala y haga conmigo lo que quiera. Me pongo completamente en sus escrupulosas manos, porque estoy seguro de que hará de mí un retrato justo. Es más, hará de mí el retrato que merezco. Al fin y al cabo, insistí a su redacción para que lo enviaran a usted a verme y no a otra persona...

2: Sí.

1: Precisamente porque estoy convencido de que usted es el hombre que llevo muchísimo tiempo buscando... para contar mi historia.

2: Haré todo lo posible.

1: No basta.

2: ¿Qué?

1: Todo lo posible.

2: Haré...

1: Esta noche, conmigo, usted va a dar el máximo. Repita conmigo: *voy a dar el máximo*. ¡Voy a dar el máximo! ¡Voy a dar el máximo!

2: El máximo, el máximo...

1: Al fin y al cabo, aspirar a la cota más alta de disciplina es la única manera que conozco de afrontar mi vida. Así lo hago yo, y así lo hará usted también.

2: Daré el máximo. ¿Empezamos?

(1 asiente.)

Estamos aquí con el señor Paolo Veres, en su despacho, justo al lado de la fábrica. Buenas noches.

1: Buenas noches.

2: Podemos decir sin ninguna duda que usted es uno de los jóvenes empresarios más importantes del país...

1: No, no, permítame que lo interrumpa enseguida. Yo no soy más que alguien que ha heredado un negocio familiar y que aquí se limita a mantener las cuentas en orden. Nada más.

2: Si quiere verlo así...

1: Del empresario solo me he quedado con un vicio: juego al póquer. Juego con banqueros, otros empresarios, sindicalistas... ¿A usted le gusta el póquer?

2: La verdad es que nunca he sido muy jugador. Soy más de libros y vinilos, cosas así...

1: Usted es de manta y tisana.

2: Con bastante vergüenza lo admito, sí...

1: Lo sabía...

2: ¿Qué?

1: Que por esa puerta iba a entrar la típica buena persona. Solo falta que también vaya a misa los domingos...

2: No, eso no, gracias a Dios. ¡Nada de misa! Señor Veres, corríjame si me equivoco: antes, en privado, me dijo que, desde su punto de vista, a un hombre le bastan solo tres libros a lo largo de toda una vida.

1: Sí.

2: ¿Quiere decirles a nuestros lectores cuáles considera imprescindibles?

1: Ya no hay absolutamente nada imprescindible. Nada. Pero estamos hablando solo de libros, ¿no? Entonces, veamos... por algún azar de la vida, directo o indirecto, aquí tengo la Biblia, para contradecir; a Dostoyevski, obviamente, para comprender; y... un libro infantil, así, para recordar.

2: Enhorabuena. Es usted un hombre realmente sabio, de una sabiduría casi cínica, diría yo. ¿Cree que esa es la clave de su éxito?

1: ¡Usted me está llamando cínico!

2: Como mínimo, consciente de la relación entre causa y efecto.

1: Entonces, según usted, ¿la conciencia es cínica?

2: ¡Depredadora!

1: ¿Depredadora?

2: Sí.

1: ¡Buena respuesta! Enhorabuena. ¿Ve que no me equivoco? Usted es el hombre adecuado para estar aquí conmigo esta noche. Así que voy a seguirle el razonamiento... pero permítame corregirlo: no creo que el secreto de mi éxito, si queremos llamarlo así, sea el cinismo. Es más bien una capacidad innata que tengo y que reconozco en mí: la de ser capaz de hacer cualquier cosa para llegar directo a mi objetivo, incluso a costa de grandes sacrificios personales.

2: Hablando de sacrificios, no se sabe prácticamente nada de su vida, salvo que, en ciertos círculos, lo llaman...

1: Dígalo, dígalo...

2: El hombre más cruel del mundo... ¿Por qué?

1: Amigo mío, alguien que dirige una industria que lleva generaciones fabricando armas, ¿cómo se supone que debe considerarlo el ciudadano medio? ¿Un santo? Y si además, como ha ocurrido conmigo, esa industria empieza a cotizar en el mercado internacional, ¿a final de año me dan un premio a la popularidad?

2: No, claro...

1: Y luego sí, mi decisión de armar a determinadas facciones de Europa del Este en lugar de a otras me ha valido, para muchos —podríamos decir para todos—, este título honorífico de «el hombre más cruel del mundo». Y qué le voy a hacer... Yo sí que he bajado el listón de la humanidad. Humanidad... qué palabra tan extraña. Una palabra que contiene todo y lo contrario de todo. Si lo piensa un momento, estará de acuerdo conmigo en que es la única palabra de nuestro vocabulario —humanidad— cuyo significado cambia realmente según cada persona. Por ejemplo, para usted, ¿qué significa humanidad?

2: La humanidad es ese conjunto...

1: ¿Pero qué pasa, estamos en clase? No me refería en sentido cuantitativo. Me refería... como sentimiento.

2: Ah, como sentimiento... La humanidad...

1: Pero no me pierda el ritmo justo ahora. ¡Vamos, venga! ¡Venga!

2: No, no, no... La humanidad es ese órgano invisible que el hombre lleva en el pecho y que mantiene a raya los instintos primarios.

1: Usted es un poeta... Un órgano... ¡Es precioso! Hombre de letras, ¿verdad? Sigo su razonamiento: si la humanidad es un órgano, como dice, correrá la misma suerte que todos los órganos... envejecerá, se deteriorará, quizá incluso podría empezar a funcionar mal...

2: En un sentido filosófico...

1: Y dígame, según usted, ¿qué ocurre cuando la humanidad, como órgano, empieza a funcionar mal?

2: Que...

1: No me decepcione ahora, ¡vamos!

2: Que el instinto se impondría a la razón...

1: ¿Y entonces?

2: El hombre se convertiría en una bestia, que roba, que tortura, que mata...

1: Sí, una bestia que roba, que mata, que hace las cosas más atroces... Así que le pregunto a usted, un hombre normal, que los domingos se sienta con su manta a escuchar vinilos y leer libros: ¿alguna vez deja salir esos instintos dormidos?

2: Mire, señor Veres, todo esto es extremadamente interesante, pero usted sigue queriendo hablar más de mí que de usted...

1: De lo contrario sería un enfrentamiento desigual. Usted ya lo sabe todo de mí y yo, en cambio, no sé nada de usted.

2: Pero no...

1: Claro que sí. Dígame la verdad: habrá pasado las últimas semanas metido en algún sótano, enterrado vivo entre papeles y documentos sobre mí, para llegar preparado a este encuentro.

2: Como le decía antes, se sabe muy poco de usted, salvo que es hijo de su conocido padre. Aparte de eso, nada: vida privada, alegrías, dolores... ¡a quién vota!

1: Amigo mío, es que no hay nada que saber. ¿Tengo que decirle a quién voto? ¡No voto! No he votado jamás en mi vida. Escriba eso. Porque la sola idea de que no sean mis propias manos las que decidan mi futuro me repugna. O mi pasado, como en este caso. Las alegrías son las mismas que las de cualquier hombre que pueda encontrarse por la calle. Son los dolores los que nos hacen especiales. Los dolores son distintos, diversos, variados, como los de cualquier hombre con el que usted se haya cruzado en su camino. Lo que

quiero decirle es que ninguna lluvia me ha mojado jamás de manera distinta a usted, así que ¡basta! Deje de mirarme con esos ojos, de verme de esa manera. Usted no debe verme como un hombre. Tiene que pensar en mí de otra forma: como en un perro. Un pobre perro estúpido y asustado, gruñendo dentro de su jaula, dispuesto a morder a cualquiera que pase por delante.

2: Quizá el retrato de un luchador.

1: No. El retrato de alguien que no deja nada pendiente. Eso es lo que tiene que recordar de mí: yo no dejo nada pendiente. Nunca.

2: Nada pendiente... precisamente, he encontrado una de las poquísimas entrevistas...

1: ¡Ah, no! Ahora le toca a usted.

2: Déjeme hacer mi trabajo, por favor...

1: Hágalo por el bien del periodismo mundial. Ábrase un poco a su entrevistado, al menos.

2: Pero ¿qué quiere que le diga? Soy un hombre normal que hace cosas normales... de natural apacible, demasiado incluso, según muchos. Y mire, venir a entrevistarle es lo más interesante que me ha pasado desde que me fui de Turín.

1: ¡Turín! Qué ciudad, Turín. Viví allí bastantes años, luego tuve que mudarme para seguir la fábrica. Pero usted, con el trabajo que hace, ¿quién le mandó venir a vivir entre estos paletos?

2: Uf, mejor ni hablar.

1: ¿Y dónde trabajaba antes?

2: Bueno, antes... escribía para el *Corriere*.

1: ¡Ah! ¡El *Corriere*! Qué sede tan bonita tienen en el centro histórico. ¿Sigue siendo la misma? El edificio rosa, con los ventanales...

2: Exacto, esa misma.

1: Al lado de la guardería de las monjas.

2: No, al lado hay un cine.

1: No, está la guardería. Reina de las Monjas, Madre Reina de las Monjas, algo así.

2: No, no, al lado está el cine. Yo trabajaba allí y enfrente estaba aquella pizzería famosísima... ¿cómo se llamaba?

1: Mario's Pizza. Siempre llevaba allí a mi hija.

2: Mario's Pizza... Bueno, pasemos a un tema más interesante que la pizza de Mario...

1: Apague la grabadora.

2: Estaba diciendo...

1: Apague la grabadora.

2: De acuerdo. Apagada.

1: A mí no me apetece hablar de algo más interesante... quiero hablar de cosas más complejas con usted, de temas que encajan mejor con alguien como usted, porque usted me da la impresión de ser un hombre... ¿cómo decía antes?... depredador.

2: No lo entiendo...

1: Uno de esos hombres con los que se puede ir un poco más al fondo, hacerse esas preguntas un poco más incómodas.

2: No entiendo, yo...

1: No hay nada que entender. Hágame la pregunta de fondo de este encuentro. La razón por la que ha venido aquí. Venga, pregúntemelo.

2: ¿Qué?

1: Paolo Veres, ¿qué se siente al ser un asesino?

2: Pero ¿por qué? Perdone...

1: ¿Qué se siente al ser un asesino?

(Enciende la grabadora.)

2: ¿Qué se siente al ser un asesino?

1: Es maravilloso. Es jodidamente maravilloso... poseer el perverso poder de provocar y recibir dolor produce un placer inimaginable... ¿Lo ha experimentado alguna vez?

2: ¡No! ¡Yo no! Soy una persona normal... No estoy diciendo que usted no sea una persona normal, por supuesto...

1: Me he equivocado. Lo he juzgado mal.

(Empieza a toser.)

2: ¿Está bien? ¿Se encuentra bien? Señor Veres, ¿está bien? Mire... no entiendo qué está pasando... si he dicho algo que le haya molestado, le pido disculpas. No era mi intención, pero tengo que hacer esta entrevista. Necesito esta entrevista, señor Veres. Mire, hagamos una cosa: cambio la cinta y empezamos otra vez desde el principio, ¿de acuerdo? Por favor...

(1 lo hace callar bruscamente.)

¿Me voy? No entiendo... Permítame decirle que todo lo que se dice sobre su carácter es completamente cierto. Adiós.

1: Deténgase.

2: ¿Entonces podemos continuar? No entiendo...

1: Esa puerta está bloqueada. Todas lo están. Todas las puertas de aquí están bloqueadas. No hay nadie en kilómetros a la redonda, y el ruido que oye de la fábrica no para en todo el día. Lo taparía todo. Cualquier sonido. Cualquier grito de auxilio.

2: ¿Qué quiere decir...?

1: Antes de mañana por la mañana, usted estará muerto. Pero le prometo que, antes de eso, haré todo lo posible para que sea usted quien me mate a mí.

2: ¿Por qué?

1: Porque soy el hombre más cruel del mundo.

2 corre hacia la puerta. 1 saca una pistola del cajón, apunta al aire y dispara.

2: ¿Pero qué coño haces?

1: ¿De verdad cree que podrá seguir adelante después de esta noche? ¿De verdad cree que mañana por la mañana podrá despertarse en su cama y seguir llevando la misma vida que llevaba antes? ¡NO! No he sido lo bastante claro con usted. Mañana por la mañana solo uno de los dos seguirá vivo. Un solo hombre. No será mejor ni peor —eso no nos interesa—. Será un hombre diferente, porque por fin tendrá una conciencia distinta de lo que significa el placer del dolor. Coja la pistola.

2: No... no...

1: **COJA LA PISTOLA.** Apunte al sillón e imagine que estoy sentado ahí. Míreme a los ojos, acaricie el gatillo y dispare. ¡Dispare! ¡Dispare!

(2 dispara.)

¡Muy bien! ¿Ha imaginado que estaba yo ahí? Y ahora se lo pregunto: ¿qué se siente al ser un asesino? Siéntese. Vamos a hablar un poco de nosotros.

2 recupera la pistola y le apunta.

1: ¿Pero qué somos, animales? ¿Nos matamos así, sin conocernos un poco mejor?

2: ¿Eh?

1: Amigo mío, la crueldad cuesta. Es un acto de profunda comunión. Le pondré un ejemplo histórico. Piense por un momento en todos los genocidios, en los exterminios masivos que han marcado la historia de la humanidad. Acontecimientos execrables, demenciales, pero también formidables núcleos de cohesión. Porque, por un lado, los perseguidores se aglutinan por la fuerza del odio; por otro, los perseguidos, por el odio y la supervivencia. Un poco como usted esta noche...

(1 ríe a carcajadas, de forma vulgar.)

¿Puedo decirle una cosa? Pero no debe ofenderse. Tengo que decírselo por honestidad, pero lejos de mí la intención de ofenderlo... es que usted ahora, ahí sentado, con las piernas abiertas y con la pistola de esa manera, ¡da muchísima risa! Joder, parece una foca, ¡está completamente fuera de contexto! Y este breve momento de hilaridad personal, ¿quién me lo ha regalado? La crueldad. ¡Ahí está el título! La crueldad de esta noche. Incluso nuestra amistad es hija de la crueldad.

2: Pero ¿por qué, nosotros dos somos amigos?

1: Claro que somos amigos. Estamos aquí compartiéndolo todo: historias, momentos de la vida...

2: No, no, no. Yo no estoy compartiendo nada con usted. Solo soy una buena persona que se ha encontrado secuestrada.

1: ¿Acaso he negado que usted sea una buena persona? Lo dije al principio: usted es la típica buena persona. En cuanto a estar secuestrado, ¿puedo negar que lo esté? Pero tiene razón, culpa mía. Todavía no he creado suficiente intimidad entre nosotros, pero puedo remediarlo. ¿Me permite empezar de nuevo? El que tiene la pistola es usted. Pero venga. Apúnteme con ella, puede disparar en cualquier momento, pero venga conmigo. Hagamos una cosa: sírvame una copa como haría con un amigo.

(2 le sirve una copa.)

Gracias.

(1 bebe.)

Otra.

(2 sirve, 1 bebe.)

Ahora voy a hacerle una pregunta muy íntima, pero tiene que responder con total libertad, ¿entendido? Entonces, si se dieran todas las condiciones —nadie que lo mire, nadie que lo juzgue, nadie...—, ¿usted se follaría un cadáver?

2: ¿Qué?

1: ¡Un cadáver! Un cuerpo muerto, completamente inerte entre sus manos...

2: Me entran ganas de vomitar...

1: Usted es un intelectual, ¿cómo puede no ser sensible a esta mezcla de Eros y Tánatos? Es una imagen poderosa, ¿eh?

2: ¡No! ¡Usted está loco!

1: Sé que ahora mismo, en su cabeza, solo piensa en eso.

2: ¡No!

1: ¡Se está excitando! ¡Usted se está excitando!

2: ¡Usted está loco! ¡No!

1: Entonces dígalo, joder, ¡dígalo!

(2 vomita.)

Usted sí que es un hombre cruel. Y venga, no se ponga así...

2: ¿Qué coño quieres de mí? ¿Qué coño quieres? ¿Quieres morir? ¡Mátate!

1: ¿Matarme así? ¿Y el sentido de la vida?

2: ¿El sentido de la vida? ¿Usted me habla del sentido de la vida? Me habla de follar a cadáveres, me apunta con una pistola y me habla del sentido de la vida?

1: Sí, porque ahí está el sentido. Eso es lo que se le escapa. Se le escapa que usted y yo, esta noche, solos, podemos ser astronautas que viajan hasta el corazón más oscuro y morbosos del alma humana. Usted y yo podemos investigar la vida esta noche. Y a estas alturas ya estamos dentro, ¿sabe? No podemos detenernos. Ahora estamos obligados a llegar hasta nuestra meta.

2: Pero usted quiere que yo lo mate...

1: Sí, pero no solo eso. Quiero que usted desee matarme. Tiene que adorar la idea de mi muerte. Entonces, ¿está preparado para matarme?

2: ¡No!

1: ¿Por qué?

2: ¡Porque soy una persona normal! Yo no hago estas cosas. No me vomito encima y no disparo a la gente.

1: ¡Le pago! ¿Cuánto quiere?

2: Déjeme ir, por favor.

1: Un millón.

2: Me quedaré callado, no le diré nada a nadie. Déjeme salir.

1: Dos millones. Cinco millones.

2: ¡Déjeme salir!

1: Diez millones.

2: Abra esta puerta.

1: Cincuenta millones.

(1 lanza una bolsa al suelo.)

Cincuenta millones. Ese es el precio. ¿Ahora mata al hombre más cruel del mundo? Vaya a abrir esa bolsa.

(1 le apunta con la pistola.)

Vaya a abrir esa bolsa, que no tenemos todo el tiempo del mundo. ¡Vamos!

(2 abre la bolsa.)

¿Qué hay en esa bolsa?

2: Dinero.

1: ¿Dinero? ¿Cuánto?

2: No lo sé... mucho...

1: La respuesta de alguien que nunca ha visto tanto dinero.

Vamos, cuéntelo. Y mientras lo cuenta, ¿ve alguna cosa extraña ahí dentro? Qué sé yo... manchas de tinta indeleble, chips de rastreo...

2: No.

1: ¿Cuánto hay? A ojo.

2: ¿Cincuenta millones?

1: ¡Son suyos si me mata! ¿Me odia?

2: ¡Yo sí!

1: Bien. Cincuenta millones por matar a su verdugo, al hombre que lo tiene aquí secuestrado sin ningún motivo, y nadie que pueda rastrearlo, nadie que pueda descubrirlo, nadie que pueda culparlo. En esas condiciones, ¿mata al hombre más cruel del mundo?

2: Tengo que pensarlo.

Larga pausa.

1: ¿Le gusta el licor?

2: Sí, está bueno.

1: Es de ortiga. Lo hago yo.

2: Está muy bueno.

1: Es una verdadera pasión. Hace falta tiempo, dedicación...

2: Lo sé. Mi madre también los hacía.

1: ¿Lo está pensando?

2: ¡Lo estoy pensando! Pero ¿qué clase de persona cree que soy?

1: Una persona con demasiadas dudas.

2: ¿Por eso quiere comprarme?

1: ¡Qué comprarlo ni qué nada! ¡Yo estoy intentando darle permiso!

2: ¿Para hacer qué?

1: ¡Para hablar conmigo! Hábleme de lo que piensa, de lo que solo imagina, de sus sueños y sus deseos. De sus recuerdos. Esta noche no tiene delante a un enemigo, sino al más desesperado de los compañeros.

2: Está bueno el licor. Mejor que el de mamá.

1: Entonces, ¿ahora puedo preguntarle una cosa? Pero prométame que no se va a enfadar y que no va a ponerse a vomitar otra vez por toda la habitación. Dígame: a una putita muerta, pero guapa, ¿qué le haría?

2: ¡Dios mío!

Larga pausa.

Yo... ¡yo me la follaría!

1: ¡Sí! ¡Yo la cogería por detrás!

2: Pelirrojas. A mí las mujeres me gustan pelirrojas. Pero también morenas, rubias...

1: ¡Brindemos por las putas muertas, pelirrojas y de todos los colores!

2: ¿Se da cuenta de lo asquerosos que somos? Estamos diciendo que nos follaríamos cadáveres, ¡vamos!

1: No sé, quizá sea porque a mí me pasó...

2: ¿Qué?

1: Una muerta.

2: ¡No es verdad!

1: Ahora se lo cuento, pero tiene que servirme una copa. No llegué a hacerlo todo con ella, solo le toqué las tetas. Fue así: tendría catorce, quince años y un día murió una chica. Guapísima. Fui al velatorio y estaba lleno de gente. Llego, la veo, y es realmente preciosa. Tan preciosa que me quedo embobado. No miro más que a ella. Me quedo tan embobado que no me doy cuenta de que, en un momento dado, me he quedado solo. Me giro y ya no queda nadie. Estamos solos... y ella es tan preciosa que se me pone dura. Entonces me acerco y le desabrocho el primer botón, luego el segundo, el tercero, y ella empieza a excitarse...

2: No... ¡no! ¿Pero se da cuenta de lo asquerosos que somos?

1: Somos hombres. Es normal.

2: No, no es normal. ¡No nos estamos comportando como hombres! Cuando hablamos vomitamos mierda. No, vomitamos escoria. Eso es lo que somos... Escuche, yo era... ¡yo soy una persona normal! ¡Yo no hago estas cosas! No pienso estas cosas.

1: No, usted sí piensa estas cosas. ¡Claro que las piensa! Luego no las hace, de acuerdo, pero ¿sabe por qué? Porque tiene miedo. No las hace porque tiene miedo de ser marginado, juzgado, condenado, sin entender que todos somos así. Todos somos feos, todos somos monstruos prisioneros de estos cuerpos de goma. Y si no nos damos permiso unos a otros para nuestros pecadillos, amigo mío, ¿cómo podemos siquiera aspirar a un poco de serenidad? Solo cuando dos hombres libres como nosotros se encuentran, de nuestra amistad...

2: Nuestra amistad no existe.

1: Está bien. Mejor. ¿Qué ha dicho que somos? ¿Escoria? Bien, somos escoria. Usted y yo somos escoria. Entonces, ¿no le gustaría, por una noche, encontrar a alguien igual que usted que le diga que no existe el bien y no existe el mal, que por una noche no existe lo correcto ni lo incorrecto, que por una noche no hay blanco ni negro, que por una noche podemos ser nosotros mismos, entre nosotros, escoria, libremente, por completo? Escoria, dígalo conmigo... escoria, porque eso es lo que somos... escoria, escoria...

2: Escoria, escoria, ¡**ESCORIA!** Yo a la muerta le habría tocado el coño, no las tetas.

1: Me lo apunto para la próxima vez.

2: ¿Entonces somos escoria? Dígame, ya que somos escoria: si el coño de una muerta pudiera excitarse, ¿tendríamos que decir que está mojado o seco?

1: No lo sé. Lo que es seguro es que ya no se hace la difícil.

2: Y el culo te lo da sin quejarse... está muerta.

1: ¿Lo está pensando?

2: ¿Cincuenta millones?

1: Sí.

2: ¿Todo legal, todo limpio?

1: Legal.

2: ¿Y si los trabajadores...?

1: Es viernes por la noche. Los trabajadores vuelven el lunes. Antes del lunes, con ese dinero, ya ha dado usted tres veces la vuelta al mundo.

Larga pausa.

2: Hagámoslo. ¡Venga, venga!

1: ¡Gracias! Entonces brindemos por los cincuenta millones.

2: ¡Por el coño y las tetas de la muerta!

1: ¿Sabe qué es lo que siempre he querido hacer, pero nunca he tenido el valor de...?

2: ¿Qué?

1: Siempre he querido encontrar a alguien, uno cualquiera, en mitad de la calle, y darle una paliza. Dejarlo hecho polvo, cubierto de sangre.

2: ¡Quizá romperle una botella en la cabeza!

1: Entonces. ¿Lo hacemos?

2: Sí. ¿Tiene un cuchillo?

1: ¿Qué?

2: Me gustaría matarlo con un cuchillo.

1: No tengo cuchillo... tengo un abrecartas.

2: No, el abrecartas no sirve. Soy una persona indecisa y tendría que clavarlo con demasiada fuerza...

1: Pero este es un abrecartas estupendo. Clávelo bien dos o tres veces y lo consigue.

2: De acuerdo, probemos. ¿Tiene un rotulador?

1: Sí.

2: Ábrase la camisa. ¿El corazón?

1: Bueno...

2: No pinta...

1: ¿Quiere el bolígrafo?

2: No, se pondrá rojo, se verá...

1: Usted colecciona vinilos...

2: Sí, tengo una colección bastante decente, digamos. Luego tuve que dejarlo porque los vinilos cuestan mucho y el periódico para el que trabajo prácticamente no me paga nada, porque no se distribuye en ninguna parte... ni siquiera aquí... Pero ¿cómo hizo para encontrarme?

1: Yo tengo muchísimos vinilos. Se los regalo todos.

2: Gracias. Pero si de verdad consigo matarlo, mañana seré rico y me los podré comprar yo. Oiga, ¿le importa si cuento el dinero?

1: Adelante.

2: ¿Está seguro?

1: Claro. Es su derecho.

2: No, porque usted me parece realmente una buena persona, pero, ya sabe, si resulta que se ha equivocado y esta noche lo mato, ¿a quién voy a reclamarle?

1: Adelante.

Larga pausa.

2: Cincuenta millones de euros. ¡Cincuenta millones de euros! ¿Quién coño ha visto alguna vez cincuenta millones de euros? ¿Quién coño ha pensado siquiera en cincuenta millones? Yo no he visto ni siquiera un millón... ¡Cuántas cosas se pueden hacer con cincuenta millones de euros! Yo me lo compro todo. Me compro la ley. ¡Con cincuenta millones de euros me compro a Dios! Pero usted, ¿por qué quiere morir?

1: ¿Y usted por qué me mata?

2: No lo sé.

1: Yo tampoco.

2: No, antes ha dicho que uno de los dos moriría...

1: ¿Está seguro?

2: Sí...

(Bebe y vuelve a coger el abrecartas.)

Gracias.

(2 se coloca para apuñalarlo. Intenta reunir el valor.)

¿Quiere que lo insulte?

1: Si le ayuda...

2: Mierda. Muérete, mierda. Tienes que morir, pedazo de mierda. Tienes que morir porque te lo mereces, pedazo de mierda... ¡Dios mío, amigo mío!

(2 lo abraza.)

Hacía una eternidad que no me sentía así...

1: ¿Así cómo?

2: Así de completo, así de libre... ¡Demasiado tiempo! Me da pena matarlo, pero tengo que hacerlo. Sé que esta noche va a hacerme caer **otra vez** en la mierda...

1: ¡Ha dicho **otra vez**! ¡Acaba de decir **otra vez**!

2: ¡No! ¡Yo no he dicho nada!

(Instintivamente, retrocede hacia la puerta y la abre.)

Estaba abierta. ¿Ha estado abierta todo el tiempo?

1: ¿Alguna vez ha intentado abrirla de verdad?

2: Ahora me voy.

1: No. Usted aceptó quedarse. Usted aceptó matarme. Usted aceptó...

2: ¡No, no, no! ¡Yo soy una buena persona! Una buena persona que ha tomado decisiones muy complicadas en una situación difícil.

1: ¡Ha dicho otra vez! ¡Ha dicho otra vez! ¿Y qué cree, que la lluvia que hay ahí fuera va a limpiarlo otra vez? ¿Que va a hacer que se le escurra de las sienes, otra vez, todo lo que ha hecho? ¿Lo que ha dicho esta noche? Pero ¿qué hay ahí fuera para usted? Solo aquí conmigo, esta noche, puede ser verdaderamente libre, verdaderamente usted mismo. Porque desde hace un rato oigo gruñir dentro de la caverna de su alma a un hombre nuevo que quiere salir. Así que venga, ¡venga! Piénselo. Yo voy a servirle una copa.

Larga pausa.

2: ¿Por qué yo? ¿Por qué yo?

(Intenta golpearlo.)

1: Que me amenace con matarme es paradójico.

2: Pero ¿cómo es posible...? Usted no vende armas, vende guerra, ¡aquí, dentro de la cabeza! Y hay una parte de mí que quiere escapar y otra que está disfrutando como un cerdo.

1: ¿Y cuál gana?

2: Cincuenta millones es poco... es poco, amigo mío, porque yo tengo sueños mucho más feos que los tuyos.

1: ¿Por qué cree que sabe con qué sueño yo?

2: Porque los animales de la misma raza se reconocen. Quiero cien millones.

1: Cierre la puerta.

2: Cien millones.

1: Cierre la puerta.

2: Cien millones o me voy.

1: Con la escoria siempre acaba pasando lo mismo: cambia de opinión de forma esquizofrénica, sobre todo cuando entiende que puede sacar algo a cambio. Así que ¿qué quiere que le diga? Enhorabuena, acaba de ganar cien millones. Pero si cierra esa puerta, deje de decirse a sí mismo que aquí es un prisionero. Usted es mi cómplice.

2: ¿Por cien millones de euros? Me convierto en su juez.

1: A los jueces dejémoslos tranquilos. No tienen nada que ver con lo que está pasando aquí. Haga una cosa: póngase de rodillas.

2: ¿Por qué?

1: Porque le estoy dando cien millones.

2 se arrodilla.

1: Mi padre me habló muchas veces de la guerra. De su guerra. Le pusieron un fusil en las manos cuando solo tenía quince años. Por otra parte, quienes reclutaban a los chavales en aquella época ni siquiera los miraban a la cara, por miedo a encontrarse con los ojos de un hijo. Así eran las cosas.

A los quince años le dan un fusil, lo meten en un tren y lo mandan a un lugar lejísimo, con un nombre impronunciable, un lugar donde hace muchísimo frío y solo hay nieve, nieve, nieve. Un lugar donde resulta muy difícil distinguir qué está bien y qué está mal. Un poco como nosotros esta noche.

Y un día mi padre, con quince años, se encuentra patrullando completamente solo lo que queda de una gran ciudad. A su alrededor, solo nieve. Nieve golpeándole la cara, nieve por todas partes, nieve, nieve... y llega cerca de lo que queda de una casa. De cuatro paredes, solo dos siguen en pie. Se acerca, y de detrás de una de esas paredes sale un soldado, como él, que habla en francés; luego otros dos, que hablan en alemán y en inglés, y todos le dicen:

Franz — mi padre — ve ahí detrás. Hazte hombre.

Y Franz va. ¿Y qué ve? Una chica guapa de rodillas, como usted ahora. Mi padre cuenta que solo lleva puesto un camisón, con todo el frío que hace ahí fuera, y que lo mira aterrorizada con sus ojos oscuros. Tiene el pelo largo y negro, y tú puedes pedirle cualquier cosa a una chica arrodillada en la nieve, congelada y aterrorizada como ella, ¿verdad?

¡Franz, hazte hombre!, le dicen. Entonces mi padre lo piensa un momento, se acerca a la chica, le toma delicadamente la cara entre las manos, luego saca la pistola de la funda y le dispara. Dispara, ¿entiende? ¡Dispara!

¿Y por qué dispara mi padre? ¿Porque se ha equivocado? ¡No! Mi padre no se equivoca. ¡Mi padre elige disparar porque es ignorante! No sabe qué hacer con una chica en esas condiciones, así que mi padre hace lo que hace el noventa por ciento de la humanidad: ante la elección entre matar a alguien y amar a alguien, mi padre no tiene ninguna duda y dispara. Dispara. ¡Dispara!

¿Y yo? Esta noche, con usted, me siento exactamente así.

2: ¿Quiere matarme?

1: Soy un hombre lleno de esperanza. Todavía espero que lo haga usted primero.

2: Primero arreglemos las cuestiones burocráticas. Los otros cincuenta millones.

1: Claro. Los negocios son los negocios. Es justo. ¡No se vaya!

1 sale. 2 coge la pistola. 1 vuelve a entrar.

1: Esto le está saliendo bastante rentable.

2: Sí. Puedo decir que soy rico.

1: ¿Y ahora qué va a hacer con todo ese dinero?

2: Hay una isla en Sudamérica tan pequeña que ni siquiera aparece en los mapas. Con dinero te compras todo. Pero todo, todo. La ley no existe, los bares están abiertos hasta el amanecer y las mujeres hacen cualquier cosa. Cualquier cosa. Y usted, un hombre como usted, se habrá imaginado qué hay después de la muerte.

1: Espero que no haya nada. Espero no recordar nada. Espero que el cerebro se apague.

2: ¿Deja algo? ¿Hijos, mujeres, putas por ahí?

1: Algo dejo yo también...

2: ¿Y la fabriquita? ¿Qué va a pasar con ella?

1: ¿Sabe cómo la levantó mi padre? Esa es otra buena historia, como todas las historias de mi padre. Era un hombre muy práctico, un hijo de la guerra, y cuando terminó la guerra decidió meterse en los negocios. Y lo primero que hizo fue empezar a pagar a todo el mundo: pagaba a los políticos, pagaba a los curas, pagaba a los criminales. Pero eso no tiene nada de original, porque todos pagamos a todos.

¡La genialidad está en el método! ¡Siempre!

Y mi padre había inventado un sistema realmente genial para pagar. Cuando le debía dinero a alguien, lo convocaba en Montecarlo, en el casino, lo sentaba en una mesa de

póquer, jugaba con él y perdía. Perdía, perdía, perdía hasta haberle dado toda la cantidad que le debía.

Y cuando aquellos volvían a casa, nadie les pedía cuentas por ese dinero porque, joder, has estado en Montecarlo, donde se gana y se pierde. Es normal...

¡Pero la verdadera genialidad todavía está por llegar!

1: Cuando se corre la voz en el ambiente sobre este «sistema», empieza a invitar a Montecarlo también a sus enemigos. Los hace reír, luego se los lleva al casino, los sienta en una mesa de póquer, juega con ellos, pierde, pierde y luego los mata. Y en casa nadie los busca porque ya se sabe: has estado en Montecarlo, donde se gana, se pierde, a lo mejor te mueres... ¡es normal!

2: Habla mucho de su padre. ¿Por qué?

1: Porque los padres son muy importantes... no deben dejar nada pendiente.

2: Tengo hambre. ¿Tiene algo de comer?

1: No, nada.

2: ¿Qué pasa, se alimenta de aire?

1: No tenía hambre y lo que tenía está en la basura.

2: ¿Le importa si...?

(Coge el bocadillo de la basura y empieza a comérselo.)

Yo respeto a su padre, ¿sabe? Lo respeto porque nunca se juzgó a sí mismo. Supo aceptar su crueldad, y mire lo que creó: el mayor imperio de la guerra de Europa... Y en cambio, mírenos a usted y a mí. Por este pequeño gesto que estamos a punto de realizar, aunque sea importante, ¿cómo nos juzgarán a usted y a mí? Con asco.

Pensemos en los perros. ¿Qué hacen los perros? Mean, cagan, lamen, follan, marcan el territorio. ¿Y por qué lo hacen? Porque ven hacerlo a los otros perros, para pertenecer a la raza de los perros.

Usted y yo somos hombres, ¿no? ¿Y qué hacen los hombres? Matan, torturan, destruyen. Entonces, si quiero pertenecer a la grandiosa raza de los hombres, ¿qué tengo que hacer? Hacer cosas asquerosas.

Coja este bocadillo. Antes usted se lo estaba comiendo y lo que ya no quería lo tiró a la basura. Y eso está bien. Yo tenía hambre, lo saqué de la basura, y para el sentido común eso da asco. Pero el bocadillo... el bocadillo es exactamente el mismo que te has comido tú, ¿o no?

¿Y qué nos dice esto, amigo mío? Nos dice que el hombre tiene que tener mucho cuidado con creerse hecho a imagen y semejanza de Dios, porque si yo estoy hecho a imagen y semejanza de Dios, entonces Dios también está hecho a mi imagen y semejanza, y por tanto Dios también es un puto fracasado como yo, ¿o no?

¡Joder, hablo como tú!

1: ¿Se da cuenta de que es un hombre muy distinto del que entró aquí?

2: No, amigo mío. Solo soy un hombre que se ha dado permiso para ser él mismo.

1: ¡Entonces celebrémoslo! Antes de terminar, haga una cosa por mí.

2: Sí.

1: Baile conmigo.

2: ¿Qué?

1: ¡Baile conmigo!

2: ¿Y por qué quiere que baile con usted?

1: No lo sé. Quizá porque en toda mi vida ningún hombre ha querido bailar nunca conmigo.

2: Bueno, es una cosa un poco rara...

1: Pero no piense en eso. Piense en la música.

(Pone la música.)

2: ¿Y yo tengo que bailar con esta música de mierda?

1: No importa la canción. Importa la dedicatoria.

2: ¿La dedicatoria? Bonito... ¿Y a qué se la dedicamos?

1: Dediquémosla a esta noche.

2: ¡A la luna!

1: No, a cosas más concretas. A la peste a vómito y a pis que hay en esta habitación.

2: ¡A nosotros!

1: A nosotros, tan cerca, tan iguales.

2: A nosotros que somos amigos, ¿no?

1: Claro que somos amigos. ¡Dediquémosla al dinero!

2: Entonces dediquémosla al director de mi periódico, que es un gilipollas de campeonato, pero tengo que darle las gracias porque esta noche me ha hecho jodidamente rico. Estoy sudando como un cerdo...

1: No. Somos peores que los cerdos. ¿Qué somos?

1-2: ¡ESCORIA!

2: Entonces dediquémosla a toda la escoria que hay en el mundo. Cuanto más la miramos, cuanto más nos metemos dentro, más nos damos cuenta de que somos nosotros, esa escoria negra y maloliente. Y entonces dediquémosla a los animales, a todas las ratas, las serpientes, los perros, los que viven abajo, en las cuevas, los que nos dan miedo porque, si los miramos a los ojos, nos damos cuenta de que son como nosotros. Pero nosotros somos peores que ellos...

Y después dedicémosla a los aviones. Cuando era pequeño, cuando los veía pasar por la ventana, les decía: aviones, ¿dónde coño vais ahí arriba, en el cielo, dejándome solo aquí abajo, en esta cloaca al aire libre que se llama vida, y...?

1: Vamos. ¿A quién se la dedicamos?

2: A los padres, a los hijos, a los niños...

1: ¿A los niños? ¿Por qué a los niños?

2: Los niños son los peores. Los niños son unos mierdas. Los niños te juzgan y tú no puedes hacerles nada porque son niños. Los niños están protegidos... Pero yo ya me voy. Soy rico, así que puedo comprarlo todo, y soy inteligente... amor mío, siento tener que matarte, pero tengo que hacerlo...

1: Más, más. ¿A quién se la dedicamos?

2: ¡A follar!

1: ¿Con quién?

2: Con todos. Blancos, negros, asiáticos, animales, hombres, mujeres...

1: ¿Y con niños? ¿Lo has hecho alguna vez con niños?

2: ¡Lo he hecho, joder!

1: ¡No! ¡No te creo!

2: ¡Joder, sí, lo hice!

1: No te creo.

2: Lo hice cuando trabajaba en Turín. Salía de la guardería que estaba al lado del periódico.

1: Entonces sí había una guardería...

2: Claro que la había. Salió esta niña que me miraba, que me juzgaba...

1 coge la pistola con mucha calma.

1: ¿Y cómo se llamaba?

2: ¿Cómo te llamas, niña? Tú, que me juzgas con esos ojos...

1: ¿Cómo se llamaba?

2: Llevaba un abrigo rosa, joder... ¿Cómo te llamas, niña?

1 dispara y mata a 2.

1: ¡Se llamaba Sofia! Solo tenía cinco años.

Oscuro.

